



Para que el carácter de un ser humano desvele cualidades verdaderamente excepcionales, hay que tener la fortuna de poder observar su actuación durante largos años. Si dicha actuación está despojada de todo egoísmo, si la idea que la rige es de una generosidad sin par, si es absolutamente cierto que no ha buscado ninguna recompensa y que, además, ha dejado huellas visibles en el mundo, entonces nos hallamos, sin duda alguna, ante un carácter inolvidable.

JEAN GIONO

Hace cosa de cuarenta años, emprendí un largo viaje a pie por unos montes completamente desconocidos por los turistas, en la vieja región de los Alpes que penetra en la Provenza.

La región está delimitada al sureste y al sur por el curso medio del Durance, entre Sisteron y Mirabeau; al norte, por el curso superior del Drôme, desde su nacimiento hasta Die; al oeste, por las llanuras del Condado Venaissin y los contrafuertes del Mont Ventoux.



Comprende toda la parte norte del departamento de los Bajos Alpes, el sur del Drôme y un pequeño enclave de la Vaucluse.

Cuando inicié mi larga caminata por esas tierras desiertas, a una altura de entre mil doscientos y mil trescientos metros, no había más que llanuras desnudas y monótonas en las que sólo crecían lavandas silvestres.

Atravesé el país por su parte más ancha y, después de tres días de camino, me encontré en una desolación sin par. Acampé junto a un esqueleto de pueblo



abandonado. No me quedaba agua desde la víspera y necesitaba encontrarla como fuera. Esas casas arracimadas como un viejo panal de avispas, pese a estar en ruinas, me dieron a pensar que ahí, en otro tiempo, tuvo que haber una fuente o un pozo. Y así era; había un pozo, pero seco. Las cinco o seis casas sin tejado, corroídas por el viento y la lluvia, y la pequeña capilla con el campanario derrumbado, se alzaban como las casas y las capillas de los pueblos vivos, pero la vida misma había desaparecido.

Era un día de sol resplandeciente de junio, pero en esas tierras inhóspitas el viento soplaba con una brutalidad insoportable. Sus alaridos a través de las carcacas de las casas eran como los de una bestia incordiada en plena comida.

Tuve que levantar el campamento. Al cabo de cinco horas de marcha, seguía sin encontrar agua y nada alentaba la esperanza de hallarla. En todas partes reinaba la misma sequedad, los mismos hierbajos. A lo lejos me pareció entrever una pequeña silueta negra, de pie. La tomé por el tronco de un árbol solitario. Por si acaso, me dirigí hacia ella. Era un pastor. Una trein-

tena de ovejas reposaban cerca de él, tumbadas en la tierra ardiente.

Me dio de beber de su calabaza y, un poco después, me condujo hasta su morada, en una ondulación de la llanura. Extraía su agua excelente de un pozo natural, muy profundo, sobre el que había instalado una polea rudimentaria.

Era un hombre parco en palabras. Es propio de los solitarios, pero parecía seguro de sí mismo, con un convencimiento absoluto. Algo insólito en esta tierra despojada de todo. No vivía en una cabaña, sino en una verdadera casa de piedra, que demostraba todo el esfuerzo realizado para reconstruir la ruina que había encontrado a su llegada. El tejado era sólido y estanco. El viento, al azotar las tejas, hacía el mismo ruido que el mar contra la playa.

Todo estaba ordenado, la vajilla limpia, el parque barrido, el fusil engrasado. En el fuego hervía sopa. Advertí entonces que iba recién afeitado, que llevaba



todos los botones sólidamente cosidos, y la ropa remendada con tanto esmero que los remiendos parecían invisibles.

Quiso que compartiéramos la sopa y, al terminar, cuando le ofrecí mi petaca de tabaco, me dijo que no fumaba. Su perro, silencioso como él, era amigable, pero no servil.

Dimos por hecho de inmediato que pasaría la noche allí; el pueblo más cercano estaba a más de un día y medio de camino. Por otra parte, conocía perfectamente el carácter de las escasas aldeas de la región. Apenas había cuatro o cinco, alejadas las unas de las otras, dispersas por los cerros, junto a los bosquecillos de robles blancos, al final de largas carreteras. Estaban habitadas por leñadores que hacían carbón de leña, y eran un mal lugar para vivir. Las familias, apretadas las unas contra las otras en ese clima de una severidad extrema, tanto en verano como en invierno, estaban cegadas por el egoísmo.

La ambición irracional se desataba en un afán continuo por escapar de ese lugar. Los hombres llevaban el carbón a la ciudad en camión, y luego regresa-



ban. El yugo constante de dicha tarea doblegaba hasta los temperamentos más sólidos. Las mujeres amasaban rencores. Había rivalidad en todo, tanto en la venta del carbón como en los bancos de la iglesia, en las virtudes opuestas y los vicios opuestos, así como en la amalgama de vicios y virtudes. Y por encima de todo ello, el viento sin reposo crispaba los nervios. Se daban epidemias de suicidios y numerosos casos de locura, casi siempre homicida.

El pastor, que no fumaba, fue a buscar un saquito y volcó sobre la mesa un montón de bellotas. Se puso